

LOS SEVEN SUICIDE\*

# ROJO SANGRE

(3 de marzo de 1875)

Por: Luis Izquierdo Reyes

Estudiante de la Maestría en Filosofía



© Ilustración digital: Camilo Jiménez Valbuena

\* *Los Seven Suicide* es el nombre del libro que publicó la editorial Común Presencia en la Feria del Libro de Bogotá del presente año, donde aparece una serie de cuentos del autor. “Rojo Sangre” es el preámbulo no publicado de esa serie.



Ella se levantó de la silla, caminó unos pasos, se recostó en la ventana y lo miró con cierta ironía.

—Bailo flamenco. ¿Por qué? —le dijo.

Él la miró y pensó que le gustaba esa actitud. Se recostó al lado de ella y recordó esa guitarra flamenca que suena en una canción de los Doors. Pero Morrison y su combo olían a carretera sucia, a motel en medio de la nada, a gasolina y barbitúricos y pensó que ella podía asustarse y que las líneas blancas de la carretera podían arrollarla. Basquiat frente a Picasso, siempre *la misma mierda*, diría él y el arte terminaba convirtiéndose en un amasijo de huesos en las pasarelas. Warhol, Nico y el terciopelo habían desencadenado todo y el pobre Pollock pasaba al olvido. Ella soñaba caminar por Las Ramblas, con un vestido rojo y unas castañuelas en la mano. Pensamientos y palabras como abismos.

El vinilo de Camarón de la Isla, la aguja del tornameza, la caja, la guitarra, un poco de whiskey y el volumen que subía hasta incomodar a los vecinos.

—Que se vayan a la mierda —gritó él.

Pero el whiskey sabía a jerez. Jerez, toro negro sobre desierto amarillo, sol de verano pegado a la ventana, olivos, uvas y un bus a ochenta kilómetros por hora se desplaza hacia Sevilla para encontrarla. Un mensaje al Blackberry, la gente digita sobre sus máquinas. No existen pensamientos.

Le prometió invitarla unos cuantos mojitos y unos margaritas con infusiones de hierbas que él prepararía. Las palabras se encogieron sobre la pared blanca y apareció un agujero negro que lo

devoraba todo. El espacio se expandía y ella se agotaba. Cuando volvió en sí, estaba cansado y un poco borracho; la botella vacía sobre el piso y un vaso aún servido le devolvieron la poca cordura que le quedaba. Por unos momentos dudó haberla conocido y pensó que eso solo sucedía en las películas de Wong Kar-wai. “In the Mood for Love”, repitió varias veces y se quedó dormido en el sofá sobre unas cuantas revistas de moda y literatura que ojeaba de vez en cuando.

El vestido rojo corta el espacio; cuerpo en movimiento, manos girando, taconeo. Mujeres de vientres desnudos, música árabe sobre el desierto, carreteras polvorientas. Iglesias como castillos, guerra sobre los cuerpos, las armaduras contra la seda. Desierto rojo, rojo sangre, sangre árabe. La sangre transportaba la música y la sangre es roja como ese vestido que ella lleva puesto y que sigue girando en el espacio, sobre el escenario blanco. Agujero negro en la mente.

Cuando por fin ella dejó caer su cuerpo al piso, él sintió que estaba perdido. Deseó tener una 35 mm para congelarla por siempre. El arte era eso: un agujero negro sobre una pared blanca en donde todo confluía y su cabeza era una pintura de Basquiat arruinada por las anfetaminas. Quiso que fuera un sueño, que pudiera amar, pero eso era solo una cuestión de las películas y el tiempo concentrado se le escapaba de las manos como el vaso de whiskey que sabía a jerez.

—Bailo flamenco. ¿Por qué? —repitió ella.

Y él se conformó solamente con mirarla.